

Maestría fría

Antes de que saliera en los periódicos, mi tío Manolo ya me había dado la buena noticia. El Fondo Nacional para Apoyo a la Ciencia decidió otorgar becas para estudios de posgrado en adivinación. La intervención del senador Carapucheta fue decisiva. “Si uno de los objetivos de la ciencia es la predicción, y la clarividencia se ocupa de pronosticar el futuro, entonces la clarividencia es una disciplina científica y debemos apoyar a los estudiantes que quieran formarse en el extranjero”.

Pasé los siguientes ocho meses preparándome para los exámenes de habilidades matemáticas y lógicas y tomando clases de inglés especializado a fin de alcanzar las puntuaciones necesarias para poder ingresar a un posgrado. Redacté ensayos, pedí cartas de recomendación y tomé un curso en el que ayudan a escribir el currículum vitae de modo que resultara atractivo para los comités de admisión.

Presenté 14 exámenes hasta conseguir las calificaciones requeridas, tuve que aumentar la dosis de ansiolíticos y le pedí a la doctora Sesma que me atendiera cuatro veces por semana. Me dijo que con dos era suficiente. Finalmente mandé nueve solicitudes, esperando ser admitido en alguna maestría. En esos días no había *e-mail*, así que vivía pendiente del cartero. Cada vez que tocaban la puerta sentía palpitations y sudor frío. Al final solo me contestaron de dos instituciones, una de ellas para desearme mejor suerte para otra ocasión.

Hubiera preferido ir al Instituto Tiresias, en Tebas, pero me aceptaron en la Universidad de Durmstrang, al norte de Escandinavia. Me sentí muy emocionado. Imaginaba que, con la maestría, podría al fin poner un consultorio de lectura de café y tarot en el que los numerosos consultantes se apuntarían en una lista de espera.

Por otro lado, debo confesar que no tenía mucho éxito con las mujeres o, mejor dicho, casi nada, y no sé de dónde me vino la idea de que a las sue-

cas les gustaban los latinos, aunque usaran lentes y fueran algo bajitos. Por las noches, mientras se acercaba la fecha de mi viaje, mi pensamiento volaba a Durmstrang. Me imaginaba paseando a la orilla del lago Blumenthal junto a una rubia llamada Astrid. La enamoraría hablándole de playas con palmeras y ciudades mayas en medio de la selva. Le enseñaría a comer tortillas y frijoles y a disfrutar de los mariachis. Con ella conocería el sol de medianoche, la aurora boreal y el sexo sin inhibiciones. Incluso pensé en invitarla a que conociera México al terminar la maestría. Me divertía pensar en la envidia de mis amigos al verme acompañado de una valquiria.

Conocí a Astrid poco después de mi llegada a Durmstrang, los dos estábamos inscritos en Runas y adivinación entre los vikingos. Era casi tan guapa como la imaginé, pero estaba enamorada de Nils. Su amiga Helga, también muy atractiva, andaba con Lars.

Cuando mi esperanza de un romance nórdico estaba a punto de congelarse, conocí a Ingrid. Caminamos por el bosque recogiendo arándanos y hablando de México. Le interesaba saber del Calendario Azteca, el mole poblano y Emiliano Zapata. Había estudiado historia de América Latina y quería aprender más acerca de la conquista y el virreinato. Interrumpió mi exposición de los Austrias y los Borbones para confesarme que estaba interesada en un mexicano. Sentí una ola de calor a pesar de que eran los primeros días de octubre y estábamos a menos dos grados. Entonces me pidió que le presentara a Pancho, un atlético sonorenses, inscrito en la maestría en Producción de alimentos congelados. Decidí dedicarme a los estudios y aprender a esquiar.

El invierno comenzó al día siguiente y duró siete meses y medio, pero nunca aprendí a esquiar. Había clases de deportes invernales para estudiantes extranjeros y en la tercera sufrí un desgarre.

Las clases eran en inglés, pero en cuanto salíamos de los salones la mayor parte de mis compañeros hablaban en sueco. Excepto, claro, los finlandeses, lituanos y polacos. En el único bar todos tomaban *punsch* y comían arenque con papas. Lo peor era el *surströming* —arenque fermentado— que tenía fama de ser la comida más apesetosa del mundo. No puedo decir que hice muchos amigos entre los escandinavos y bálticos, y Pancho, el otro estudiante mexicano, estaba siempre ocupado con Ingrid.

Si pudiera regresar en el tiempo escogería estudiar la maestría en un país tropical, cerca del mar y donde hablaran mi idioma, pero vivía en Durmstrang, donde podía nevar cualquier día del año. A falta de novia escandinava, busqué emociones fuertes en el Club de Observadores de Aves el Búho Nival. Pasábamos el tiempo registrando las actividades de estas

aves, por ejemplo, el número de lemmings consumidos por cada pareja de búhos en temporada de cría. En nuestras excursiones frecuentemente veíamos zorros, a veces incluso alces. ¿Quién necesita una novia cuando en las noches se escucha el aullar de los lobos? A menudo pensaba que tal vez debí haber estudiado biología.

En los últimos días de diciembre dejó de salir el sol y no regresó hasta fines de enero. En esas semanas no había excursiones de avistamiento de fauna. Además, estaba harto del arenque, el bacalao y las albóndigas de carne de reno. Soñaba con las enchiladas verdes y el arroz que hace mi mamá. Incluso oía música de José Alfredo Jiménez (que nunca me gustó cuando vivía en México). No sé si fue el frío o que extrañaba la comida mexicana, pero me empecé a sentir angustiado por las noches. O tal vez fueron tantas horas de oscuridad. Hasta los escandinavos se deprimían en esas fechas. No me quedó más que concentrarme en los estudios. Me especialicé en historia de la adivinación y tuve como maestros a grandes eruditos. Bajo su tutela escribí ensayos acerca de la importancia de los oráculos y adivinos en la tragedia griega, en particular uno sobre Edipo y dos en torno a los antecedentes de la Guerra de Troya. También analicé el discurso de las brujas de Macbeth.

En el último semestre me di cuenta de que no sabía hacer predicciones. ¡Otros tres años de estudios y nada de habilidades prácticas! En ese tiempo supe que cuando los estudiantes de Durmstrang querían conocer su futuro no iban con ninguno de sus maestros, sino con un chamán que vivía en un bosque cercano. Como sea, aproveché mi última sesión de asesoría con la doctora Wilhelmina Harker y le hablé de mis inquietudes. Me contó que ella intentó poner un consultorio de adivinación basada en el estudio de las entrañas de carneros, pero las protestas del partido ecologista la obligaron a cerrar. Entonces le pedí consejos sobre cómo encontrar trabajo a mi regreso. Me comentó que una colega suya, la doctora Aiguafreda, estaba buscando maestros para la recién abierta Facultad de Ciencias Ocultas de la Benemérita Universidad de Coatlinchán. Entusiasmado con la perspectiva de un trabajo en la academia, envié mis papeles enseguida. La doctora Aiguafreda me contestó que tenía el perfil adecuado para optar por el puesto de profesor temporal asistente de Introducción a la astrología.

En la maestría estudié algo de la relación del movimiento de las estrellas con el destino de los hombres. La doctora Eklemes, titular de la materia, me dijo que como Virgo con el Sol en casa doce, tiendo a analizarlo todo, a fijarme en los errores y nunca quedar satisfecho. Según los astros, tengo tendencia a servir, pero sin obtener reconocimiento. En el fondo soy tími-

do y le temo a la gente, por lo tanto, me aílo. No quedé satisfecho con mi carta astral y perdí el interés por la astrología, aunque debo reconocer que sí soy tímido y tiendo a estar solo. De todas formas, ante la perspectiva de tener trabajo a mi regreso, y pensando que esa materia podía abrirme la puerta para dar otras más de acuerdo con mis intereses, me puse a estudiar el *Tetrabiblos*, de Claudio Ptolomeo. Me dieron las clases. Tal vez en algo tuvo que ver el hecho de que no se presentó nadie más y que, con el inminente comienzo de la licenciatura en adivinación, urgía contratar maestros. Como solo daba una clase en la Universidad de Coatlinchán fui al Colegio Anglo Mexicano a ver si me podían dar los grupos de historia en la prepa. Ya tenían otro maestro, pero me ofrecieron Psicología, Historia de México y Taller de redacción. Acepté.

Dos semanas después me hablaron de la North Hill University, campus Iztacalco, porque el maestro de Ecología humana aplicada a la psicología había ganado una diputación plurinominal por el Partido Verde y necesitaban un sustituto urgentemente. Al final tenía cinco materias distintas en tres instituciones diferentes y el tiempo se me iba en dar y preparar clases, transportarme de un lugar a otro y calificar trabajos y exámenes. Ese año tomé dos decisiones trascendentales en mi vida: no dejar más tareas y tomar cursos que me permitieran obtener ingresos por mi cuenta.

Ya me lo había advertido mi tío Manolo, cuando me recomendó en el Anglo Mexicano: “En las escuelas particulares te explotan, pero al principio no hay de otra. Yo estuve cuatro años dando clases en tres prepas distintas hasta que obtuve mis horas en la Universidad de la República, la plaza de tiempo completo en la Secretaría de Educación y la chamba de asesor en Relaciones Exteriores”. Ahora que recorría la ciudad con un portafolio lleno de libros y mis sacos siempre estaban manchados de gis, me dijo: “Así es esto, verás que dentro de un año o dos te van a dar más grupos en Coatlinchán o capaz que se abren plazas en educación y te puedo meter. Mientras te presto mi consultorio, pues casi no voy. Úsalo para que practiques y te ganes una lana extra”.

Con algo de pena le dije que, con todo y la maestría, no sabría qué hacer en el consultorio. En Durmstrang había estudiado la historia y los fundamentos filosóficos de la adivinación, pero nunca había hecho predicciones. “Yo tampoco sabía hacer nada cuando salí de la carrera”, admitió Manolo, “pero aprendí en la práctica, toma las llaves. Si quieres, primero toma unos cursitos. Te dejo folletos”.

Me costó trabajo elegir entre tantas opciones, pero me decidí por seguir la línea esotérica que ya había iniciado en la maestría. Me inscribí al

curso de Terapia de vidas anteriores, con Ludovico Turiel. Recuerdo la música relajante, el incienso que me daba comezón en la nariz, las luces tenues y la voz pausada del maestro invitándonos a relajarnos y a viajar al pasado. En la primera sesión una compañera se puso en trance y su respiración se volvió agitada. Empezó a gritar “¡Auxilio, me hundo, no sé nadar!”. El maestro detuvo la regresión cuando se puso morada. Ya de regreso, hablando de su experiencia, nos contó que en otra vida fue una princesa egipcia, rubia y muy hermosa, que había muerto trágicamente, ahogada en el Nilo.

Cuando terminó de contar su experiencia le pregunté cómo es que había pedido ayuda en español y no en egipcio. El maestro Turiel me dijo que el hecho de que uno podía hacer regresiones a otras vidas y hablar en la lengua que usaba en el presente era una prueba de la continuidad de la consciencia y de la sabiduría cósmica. También hubiera querido decir que, según había leído, los egipcios eran morenos, pero pensé que ese comentario no sería bien recibido. Decidí dejar a un lado mi escepticismo, seguir en el curso y no preguntar más de lo necesario.

Por las reencarnaciones de mis compañeros conocí a Cleopatra y a Enrique VIII; hablé con un guerrero azteca y supe cómo era la vida de una vestal; conocí a dos monjas, una de las cuales posteriormente sería quemada en la hoguera, y me contaron de las campañas de la División del Norte. El maestro Turiel también conversaba acerca de sus vidas pasadas. Nos contó que ya había conocido a algunos de nosotros en otros momentos. Estaba seguro de que nos habíamos reunido en el presente por algo muy importante, para resolver asuntos inconclusos del pasado. Por ejemplo, Turiel fue un inquisidor que condenó a una de las religiosas, y también fue el centurión que amaba en secreto a la virgen vestal y estaba destinado a completar esos ciclos en el presente. Poco después supimos que no quería dejar pendientes para sus próximas vidas porque siempre llegaba con una de las compañeras, la que antes fue monja, y los dos parecían recién bañados. Dos meses más tarde se hizo novio de la virgen vestal.

No puedo decir que tuve regresiones como las de mis compañeros del curso. A veces, mientras nos relajábamos, me venían a la mente escenas y personajes, pero siempre pensé que tenían que ver con mis lecturas. Por ejemplo, una vez imaginé que estaba en Venecia, en el siglo XVI. El maestro me dijo que mi temor a contraer enfermedades fatales se originó ahí cuando morí de peste bubónica en la Piazza di San Marco, pero yo sigo creyendo que lo que estaba recordando era una representación de Otelo de Shakespeare. Así, Turiel y mis compañeros insistieron en que me cues-

ta hablar a las mujeres desde que, en una vida pasada, hice votos de castidad en el monasterio de Glendalough, hace más de 800 años. Además, como luché contra los romanos al lado de Obelix, estoy predestinado a tener amigos enormes y gordos. Enseguida pensé en mi amigo Zumalacárregui.

Después de 14 meses en los que desfilaron por el curso varias princesas, un lord inglés, dos esclavos de Costa de Marfil, el Cid Campeador y una geisha, obtuve mi certificado como coach especializado en regresiones. De todas formas tengo dudas, parece que en una vida pasada dejé de creer en la reencarnación. Tampoco resolví mis problemas: sigo temiendo morir de cáncer en el páncreas y no se me ha quitado lo tímido.

Si la verdad no estaba en mis vidas anteriores, tenía que encontrarla en otra parte. Me inscribí a Energía espiritual y sanación con la chamán Elvira Fuenlabrada, famosa por ponerse en trance y “canalizar” los mensajes de los maestros ascendidos. Nos enseñó a sentir la energía sutil con las manos o con péndulos y posteriormente a ver el aura. Todo esto era más fácil si estábamos abiertos a las enseñanzas de los seres espirituales. Muy pronto algunos de mis compañeros empezaron a oír voces que les hablaban desde otro plano, mostrándoles el camino a seguir. A mí los maestros ascendidos no me hablaron, o tal vez tengo mal oído. Elvira siempre me decía que yo estaba “en la cabeza”, que debía fluir con el Universo. Me recomendó que escuchara mi corazón. Al final no pude ver auras ni sentí la energía sutil y mis chacras siguieron bloqueados. No me dieron el diploma de sanador espiritual, pero en ese curso conocí a Ludmila.

Nunca he trabajado como sanador espiritual ni como terapeuta de vidas anteriores, pero, muchos años después, cuando obtuve la plaza de tiempo completo en Coatlinchán, usé el material para escribir un libro: *Prácticas new age y psicoterapia: Una interpretación constructivista*. La mayor parte de los ejemplares están guardados en la bodega del Departamento de Ciencias Ocultas y Clarividencia excepto, claro, los 15 que me dieron. Conservo tres y regalé los restantes a mis amigos y colegas. Solo uno de ellos me hizo comentarios.

De todos los cursos que tomé, el que más me gustó fue el de tarot. Aprendí a ir más allá del vulgar anhelo de conocer el futuro y profundicé en la simbología de los arcanos, cuyo estudio nos puede llevar a la exploración del inconsciente. Al terminar el curso empecé a leer el tarot. ¡Por fin, después de haber invertido tanto tiempo y dinero en prepararme, obtuve ingresos como profesionista independiente!

Hubiera querido más clientes dispuestos a usar las cartas como vehículos de autoconocimiento y trascendencia. En cambio, venían a mi consulta

señoras para saber si su marido las engañaba, oficinistas que preguntaban si debían cambiar de trabajo o esperar a que su jefe sufriera un derrame cerebral y adolescentes ansiosas que querían averiguar cuándo se les declararía el vecino. No los culpo: hace años yo mismo consulté el I Ching para saber cuándo encontraría el amor verdadero.

Al cabo de algunos años de leer el tarot dejé de creer en la clarividencia. A veces eso me hace sentir mal considerando que doy clases en la Facultad de Adivinación y sigo con el consultorio, pero me consuelo pensando que a la gente le sirve hablar con alguien y que le transmitan algún mensaje esperanzador. Próximamente escribiré un artículo sobre la adivinación y el efecto placebo.

Paro por tiempo indefinido

Todo empezó cuando algunos alumnos de hidrobiología se enteraron de que, en el siglo XVI, hubo nutrias en la laguna de Yacatextli. Brian Hernández, conocido activista y apasionado de la conservación, fundó el Frente Estudiantil para la Recuperación de la Fauna del Estado de Nopala. Invariablemente, el primer lunes de cada mes organizaba una manifestación en la explanada de la universidad; tocaban instrumentos prehispánicos, se hacía un periódico mural con dibujos de diferentes tipos de mamíferos, aves y reptiles extirpados de la zona y los cinco o seis participantes exigían, tanto a la rectoría de la universidad como a las autoridades municipales y estatales, que instalaran una mesa de diálogo para la pronta reintroducción de los animales que habitaron la región en otras épocas. Con el tiempo nos acostumbramos a ver a Brian y a su novia Zurizabeth adornados con plumas en la cabeza mientras sus compañeros Jonathan Rodríguez y Giovanna Gutiérrez imitaban el nado de una pareja de nutrias en cortejo. Al ver que el interés de la comunidad decaía demostraron su creatividad: improvisaron danzas en las que representaban garzas, patos, aves rapaces o lagartijas. Sin duda el evento más impresionante fue el baile de los zorrillos, porque un maestro de química apoyó a los actores; los ayudó a recrear el olor característico de esos animales. Ese día se suspendieron las clases.

El asunto se complicó cuando algunos estudiantes de agronomía, encabezados por Brandon Gómez, decidieron defender los alimentos de los pueblos originarios, boicoteando la venta de comida procesada en las tienditas que rodeaban el campus. Los activistas, decididos a terminar con la tiranía de las grandes empresas productoras de alimentos chatarra, saquearon los establecimientos que están frente a la entrada, tiraron el contenido de todas las botellas de Coca-Cola y se dedicaron a romper bolsas de papas fritas, Gansitos y otros productos. Parece que no se habían enterado de que la Cervecería Modelo ya era propiedad de una empresa belgo-brasi-

leña porque se tomaron la cerveza de todas las misceláneas a dos kilómetros a la redonda.

Lo malo fue que, mientras rompían Chocorrollos, Cheetos y Ruffles, llegaron dos patrullas y se llevaron a tres de ellos, acusándolos de robo y daños en propiedad ajena.

El tiempo que estuvieron detenidos fue suficiente para que los estudiantes se reunieran en asamblea permanente y decidieran irse a paro indefinido. Luego supimos que:

1. Solo unos 200 de los 2 423 alumnos habían asistido al mitin.
2. Para cuando se votó el paro, a las 11:35 de la noche, únicamente quedaban 47 personas y, de ellas, 29 votaron a favor del paro.
3. De los que votaron por el paro, 11 no eran estudiantes de Coatlinchán, uno de ellos era *El Cuitlacoche*, que ya había participado en la huelga de la Universidad de la República, además de apoyar el paro de los ferrocarrileros y el de los electricistas.

Entre las demandas de la asamblea estaba, claro, la libertad inmediata y la no criminalización de los luchadores sociales, quienes no habían hecho otra cosa más que oponerse a la tiranía alimenticia de las grandes corporaciones.

En realidad, los alumnos habían sido liberados antes de la votación ya que, por un lado, los delitos de los que estaban acusados no eran graves y, por otro, el rector no demoró en mandar al abogado de la universidad a pagar la multa y cubrir los daños a las tienditas para que se levantaran los cargos. De todas formas, el paro continuó. La liberación de los estudiantes era solo uno de los 24 puntos del pliego petitorio. Los representantes de la Facultad de Arqueología, por ejemplo, exigieron quitar las clases de inglés y francés y, en cambio, que la enseñanza del náhuatl fuera obligatoria para todas las carreras. Esto disgustó a una minoría que argumentó a favor de la inclusión del otomí, al que ellos llamaban *hñähñu*. Después de cinco horas de debate se acordó incluir esa lengua como materia optativa. Entre las demandas también estaban el establecimiento de comisiones mixtas y paritarias para la revisión de los planes de estudios, la construcción de una cafetería subsidiada en la que solo se sirvieran alimentos prehispánicos y la recuperación de la laguna de Yacatextli, punto que incluía la reintroducción de nutrias. Uno de los líderes del movimiento era Brian Hernández.

El Sindicato Auténtico de Trabajadores de la Universidad de Coatlinchán apoyó a los inconformes aprovechando para demandar mejoras a las condiciones generales de trabajo y exigiendo, entre otras cosas, 84 por ciento de aumento salarial y 14 días más de vacaciones. Los líderes del movi-

miento estudiantil se reunieron en asamblea permanente para analizar la adhesión de los trabajadores y, después de 14 horas de discusión, decidieron que las peticiones del sindicato eran, en el fondo, muestra de las aspiraciones pequeñoburguesas de los gremios y no iban a la raíz del problema.

A los 10 días de paro los estudiantes accedieron a negociar. Se instaló una mesa de diálogo para discutir quiénes integrarían las comisiones y cómo se discutiría cada uno de los puntos. Los alumnos que querían regresar a clases fueron acusados de burgueses y entreguistas y excluidos de las negociaciones. Algunos sospecharon que los activistas estaban apoyados por un grupo de maestros, entre ellos la doctora Schmerzen y el maestro Vladimir Rodríguez, porque a la semana añadieron dos puntos al pliego petitorio: la renuncia inmediata del rector y la democratización de todas las decisiones de la universidad, incluyendo la compra de artículos y muebles de oficina, que debían ser adquiridos en empresas propiedad de artesanos locales.

Algunos profesores acordaron reunirse tres veces por semana para analizar la situación. Según un compañero que asistió a las dos primeras juntas, empezaban tarde, divagaban mucho y nunca llegaron a ningún acuerdo que no fuera exhortar a las autoridades y a los estudiantes a seguir dialogando. Yo aproveché para descansar y escribir un artículo acerca de la adivinación entre los purépechas. Hubo momentos en los que casi sentí culpa por no participar en las discusiones.

Al mes, el movimiento parecía agotado. Los negocios de fotocopias, las papelerías, las fonditas y los puestos de fritangas que estaban frente a la universidad habían quebrado o estaban en las últimas. Los alumnos que querían regresar a clases se estaban organizando y se preveía una confrontación violenta con los paristas. Se rumoreaba que el rector iba a pedir la entrada de la policía estatal para recuperar el campus cuando el movimiento cesó y los inconformes entregaron las instalaciones.

Al semestre siguiente supimos que Zurizabeth había obtenido una generosa beca para estudios de maestría en el extranjero. Se especializó en la ecología de las nutrias de río. Brandon, por su parte, obtuvo la concesión de la cafetería de la universidad, en la que se servían platillos prehispánicos. Nunca faltaban los frijoles, calabazas y nopalitos. La especialidad de la casa eran los huauzontles y en temporada ofrecían tacos de chapulines. El gusto no duró mucho: Brandon consiguió un trabajo en el gobierno del estado y desde entonces solo hay tortas de queso de puerco y sopas Maruchan.

El concierto

La semana pasada se cumplieron 15 años del concierto de Shakira. La verdad nunca hubiera ido a oírla en vivo, prefiero escuchar música clásica. Es más, ni siquiera compraría uno de sus discos. Además, no me gustan los muchedumbres, pero en ese tiempo andaba con una chica más joven que yo y, para quedar bien, la invité al recital. No niego que la Shaki tiene su encanto. A fuerza de tanto oír sus discos cuando salía con mi novia llegué a apreciar algunas de sus canciones. Tal vez era el amor, aunque las letras son pegajosas y hay que admitir que tiene su creatividad.

Así que fui a Ticket Master, mucho antes del concierto, para aprovechar la preventa para tarjetahabientes Banamex. Me endeudé, porque no solo invité a mi novia sino a sus tres hermanas. Empecé a pagar mensualidades de la tarjeta un mes antes de ver el Oral Fixation Tour 2006. Debo decir que el nombre de la gira me desconcertó. ¿Fijación oral?

Llegó el día y fui con mi novia y mis cuñadas al Palacio de los Deportes. Cerca del acceso C empecé a ver jovencitas disfrazadas de Shakira con todo y pelo rubio ondulado. Dos o tres hasta traían caderines, de los que usan las bailarinas de Medio Oriente. Alguna vez leí que originalmente se trataba de una simple pieza de tela de algodón, pero debido a que se acostumbraba recompensar a las odaliscas arrojando dinero a sus pies, eventualmente cosieron las monedas a sus pañuelos para usarlas como adorno. Pensé en la cantidad de dinero que yo y otros tantos miles de asistentes habíamos arrojado a la cuenta de Shakira. Entonces mi novia me dijo que le gustaría comprarse un caderín y tomar clases de danza árabe. Por un momento me imaginé como sheik en un oasis en medio del desierto, comiendo dátiles, mientras ella bailaba para mí.

Al llegar a mi asiento y ver cómo se llenaba el Palacio, recordé lo que había leído años atrás para un curso de psicología de las masas: los ríos de gente buscaban excitación y contagio emocional. Mis pensamientos se vie-

ron interrumpidos cuando, al ver detenidamente a mi alrededor, tuve la incómoda sensación de ser el más viejo de los asistentes al concierto. Ya formaba parte de una masa, pero no me había hecho semejante a los demás, que en promedio tenían 25 años menos que yo. Una de mis cuñadas descubrió, dos filas adelante, a un señor de bisoñé que tal vez me llevaba un par de años, acompañando a sus hijas adolescentes. De todas formas, pensé, si no soy el mayor, seguro quedo en los primeros 10 lugares.

El concierto empezó con un poco de retraso, pero en cuanto el público vio la silueta de la artista empezaron los gritos. Abrió el concierto con *Estoy aquí* y en efecto ahí estaba en medio de unos 15 mil espectadores que la acompañaban coreando desentonados, menos yo, que soy malísimo para aprenderme las letras de las canciones. En fin, regresando al concierto, si bien no sentí que mi personalidad consciente desaparecía al fundirse en el alma colectiva, sí estaba un poco emocionado, más que la única vez que fui a una manifestación, pero menos que en el fútbol. Me hubiera gustado saberme las letras de *Si te vas* o *Ahí te dejó Madrid* para corearlas con la multitud. No solo no canté, tampoco bailé como la mayoría de los asistentes. Mi novia me dijo que estaba muy tieso, que me soltara, pero no pude, no sé hacer eso.

Hubiera podido disfrutar más ampliamente las danzas árabes de Shakira y sus acompañantes, pero apenas empezaban a moverse, mi novia me arrebató los binoculares, o me daba un discreto codazo en las costillas.

El concierto terminó con *Hips Don't Lie*, entre gritos y aplausos. Salí contento, aunque un poco cansado por estar de pie más de dos horas. Hasta donde pude ver, solo el señor del peluquín que estaba dos filas adelante permaneció sentado. El pobre no vio nada, pero por otro lado no le dolieron las piernas como a mí. Creí que nos iríamos de inmediato a cenar; sin embargo, para mi sorpresa, mi novia y sus hermanas se detuvieron en cada puesto a ver las playeras, chamarras, tazas y demás recuerdos que se vendían. Se formaron en las filas para recibir toallas sanitarias, plumas y otras chucherías que regalaban en la explanada y, lo que es más, me pidieron dinero prestado para comprarse una camiseta estampada cada una. Ahí se fue lo de la cena. Debo haber puesto cara de disgusto, porque mi amada me recriminó por aguafiestas. Según ella, después de cada concierto hay que pasar al menos una hora viendo mercancía y recolectando todo lo que dan en promoción.

Caminamos al Metro en silencio y las fui a dejar a su casa. Al despedirse me dijo que no me sabía divertir. En los días siguientes dejó de contestar mis llamadas y pensé que no la vería más, pero no podía olvidarla,

sobre todo cuando tocaba pagar las mensualidades de la tarjeta de crédito. La extrañaba. Una noche, luego de clases, me fui a tomar unas cervezas con Pepe Zumalacárregui y le conté mis penas. Siempre práctico, me dijo que el romance entre un profesor cuarentón que escuchaba a Mozart y una mujer de veintitantos, aficionada al pop, no podía durar.

Más de un año después, cuando creía haber terminado con la deuda de la tarjeta y ya casi no recordaba a la chica, llegó un nuevo cargo por el concierto. Puse en un folder todos los estados de cuenta y me fui a Banamex, resignado a perder buena parte de la mañana entre la espera y el alegato. La sucursal estaba llena y la aglomeración, como siempre, me causó malestar. Sentí que me faltaba el aire y me empecé a marear, pero afortunadamente en ese banco se puede uno sentar mientras espera y había una silla desocupada. En el asiento de al lado estaba mi ex novia y al verme sonrió. Me pareció más guapa que antes. Yo no esperaba que fuera tan amable y que me hiciera la plática. Me contó que había iniciado un negocio de ventas por internet e iba a abrir una cuenta. Platicamos mientras llegaba nuestro turno. A ella la atendieron primero, pero al terminar su trámite se quedó a acompañarme hasta que hice la aclaración. Saliendo del banco fuimos a comer y ella insistió en pagar la cuenta. Nos quedamos platicando hasta que cerraron el restaurante. Desde entonces, Ludmila y yo no nos hemos separado.

Culpa progresista

Por teléfono me dijo que le urgía verme, pero cuando hablamos en mi consultorio tardó en decir el motivo de su preocupación:

—He andado en *la grilla*, en diferentes partidos de izquierda desde chava. Primero fue el comité estudiantil en la prepa, luego me metí al Partido Comunista de Nopala y cuando desapareció estuve en el Partido Proletario. Ahora milito en Izquierda Unida. Al principio entré por el novio que tenía en ese tiempo, mejor dicho, para ligármelo. No me peleaba y pensé que, si me veía en las asambleas, las *boteadas* y las marchas se empezaría a fijar en mí.

Mientras la escuchaba me vino a la mente que yo no participé en esas cosas ni de joven. No me gustaban las manifestaciones, pero nunca se me ocurrió que eran una buena ocasión de conocer chicas. Mi consultante continuó:

—Nos veíamos en el círculo de estudios marxistas y luego me hice su novia. Dos meses después él dejó la célula y lo corté. En ese tiempo todos mis amigos estaban en el partido. Era muy aferrada, muy *ultra*, no podía ni hablar con la gente que estaba fuera del movimiento.

—¿Y ahora?

—Afortunadamente ya le bajé. En el partido conocí a una bola de cabrones, iguales o peores que los del Partido Oficial o de la derecha, pero seguí militando, organizando a los vecinos de mi colonia, juntando firmas. Tuvimos algunos logros, por ejemplo, que pintaran la unidad habitacional en la que vivíamos. Me sentía muy bien, en mi barrio todos me conocían. ¡Hasta conseguí otro novio militante! Se acercaban las elecciones locales y estábamos muy emocionados. Todo mi tiempo libre era para volantear, organizar mítines y juntar firmas. Fueron muchos años de participar por el puro gusto, queríamos cambiar al país. Hasta que ganamos.

—Debe haberse sentido muy contenta.

—Estaba feliz. Dejé de dar clases en la secundaria porque me dieron chamba en la Dirección de Participación Social del estado. Pero luego me la pasaba en la computadora, llenando formularios, revisando reportes, todo para cumplir con la normatividad. ¡Pasé de militante a burócrata! Mi trabajo era aburrido, pura rutina. Hasta que me dieron otro puesto, de asistente del gobernador.

—¿Se sintió bien con el ascenso?

—Al principio sí, ganaba más, pero salía muy tarde, ya no tenía vida. Mi matrimonio se acabó. Nunca tenía tiempo para mi marido con esos horarios. ¿Le dije que me casé con el novio aquel? Nos divorciamos, pero otro día le platicaré de eso.

—Es una pena, pero tal vez, a pesar de todo, usted puede trabajar por los pobres.

—Parte de mis funciones es organizar mítines.

—Hace rato me decía que eso le gustaba.

—¡Sí, sí, pero ahora es distinto! Tengo que llevar acarreados a todos los actos oficiales. Antier, por ejemplo, alquilé tres autobuses porque el gobernador iba a inaugurar un puente y tiene que haber gente que le aplauda. Ahí me tiene comprando tortas y banderolas, bueno, yo organizo, mis asistentes llevan la comida y las mantas, a mí me toca llenar sobres con la “ayuda social”, una lanita para los jodidos que asisten a los eventos sin saber por qué. ¡Estoy haciendo lo que criticaba hace años!

—¿Se siente culpable?

—No tanto, ya me acostumbré. A veces sí me siento mal, pero se me pasa cuando me dan mi bono. Creo que me estoy volviendo descarada. Mi jefe, el primer gobernador de izquierda de Nopala, anda para todos lados en camionetas con guaruras; a su mamá del gobernador, a sus hermanos y hasta a su suegro los tiene de aviadores y dicen que ya se compró un departamento en Miami, pero no está a su nombre, si no es pendejo. Así son todos y yo no me puedo quejar, gano bien, tengo muchas prestaciones, ya hasta me hice de casa propia.

Mientras la oía pensé que con todo lo que me quejo de la universidad, tengo tiempo para mí. Aunque en ocasiones he deseado tener chofer y guardaespaldas, como cuando me asaltaron camino al trabajo. Esos puestos tienen muchas ventajas. En cambio, yo también debo entregar el informe anual, el semestral y el reporte de actividades para el Padrón Académico de Nopala (Panop), debo asistir a todo tipo de juntas y sigo pagando la hipoteca de mi departamentito. Pero ya estaba pensado en mis asuntos y me había olvidado de mi clienta. Hice un esfuerzo y le dije:

—Parece que está adaptada a la situación, ha aprendido a ver lo bueno de su trabajo. ¿Hay algo que le preocupe?

—No le había contado que la sala de mi casa está llena de despensas. Cuando éramos oposición protestábamos por la compra de votos. Pero bueno, así son las cosas, todos los partidos lo hacen. Es el costo de la democracia. El problema es m'ija. La metí a una escuela de paga. Ora resulta que milité toda la vida para tener una hija fresa. Le doy todo lo que quiere, y aun así nos llevamos muy mal. Se la pasa criticándome. Dice que el gobierno del estado es corrupto y yo soy parte de él. ¡Ayer amenazó con subir fotos de las despensas al feis! Parece que no se da cuenta de que de mi trabajo salen la ropa de marca, los viajes y su coche. ¡Chamaca ingrata! Total, que le grité y se fue muy encabronada de la casa. Claro que al rato regresó, ¿en dónde va a estar mejor si ni su cama tiende? Tenemos dos chicas que nos ayudan con el quehacer. Pero yo me siento muy mal cuando peleamos.

—¿Y qué hace cuando se siente mal?

—Cuando estoy *neurás*, me pongo a arreglar los cajones. Me encontré las fotos de cuando era activista de la Facultad de Economía en la Universidad de la República. Me dio ternurita verme de 20 años, flaca, con huachas, pantalón de mezclilla y blusa de manta, queriendo cambiar el mundo. ¡Qué boba! A veces pienso que mi hija tiene razón. No sé, a lo mejor debo pensar en otro trabajo. Tener tiempo para mí, seguir estudiando, dedicarme a otra actividad, aunque gane menos. Me gustaría un trabajo sin grillas. Pero ahorita trabajo en la oficina del gobernador, no quiero regresar al morral y las fachas. Lo que quiero es que me diga cómo tratar a esta niña, me emputa.

—¿Y en qué le puede ayudar un adivinador?

—Quiero que me lea el tarot para ver qué pasará con esta chamacita rebelde y, bueno también está mi futuro. No me quiero seguir en este trabajo, pero...

En eso le llegó un mensaje por WhatsApp. Era la secretaria del gobernador diciéndole que debía presentarse en la oficina de inmediato. Quedamos de vernos la semana siguiente y se despidió. Me quedé pensando que los profes no somos tan diferentes de los altos funcionarios. Uso el papel y la impresora de la universidad para asuntos personales. Aprovecho lo relajado del horario para dedicarle unas horas al consultorio. Cuando voy a los congresos doy mi ponencia y no me vuelvo a parar a las sesiones, pero me quedo a turistear unos días. ¿Debo sentirme culpable?

Pero ¡hay niveles! No es lo mismo llevarme bolígrafos a mi casa que tener camionetas con chofer y escolta, o hasta helicóptero.